

Año XLV.

Madrid, Sábado 12 de Diciembre de 1925.

Número 50.

DE JUEVES A JUEVES

El Gobierno constituido bajo la presidencia del general Primo de Rivera, es una dictadura civil en sustitución de la militar, que fué lo que el citado señor propuso a la Corona, ya que la Constitución queda en suspenso conforme estaba y ya que propiamente no pueden llamarse ministros a los que no son responsables ante organismo ninguno.

Los señores que forman el Gobierno, gobernarán por decreto.

La censura para la Prensa subsiste, ejercida por las mismas personas que antes.

En la *Gaceta* se ha publicado un decreto que dice así en su parte dispositiva:

«Cerrado con la constitución del nuevo Gobierno el primero y más difícil período ó etapa de la reconstitución moral, política y económica del país, que se inició el 13 de Septiembre de 1923, se restablecen en toda su pureza los preceptos y doctrinas de abstención política, que son garantía de la unión y disciplina de las instituciones militares, y que no hay para qué recordar ni estimular, pues viven en el sentimiento y en el deseo de cuantos las integran y acaban de dar tan gallarda prueba de patriotismo, ecuanimidad y discreción.»

El ministro de la Gobernación ha remitido á los gobernadores un telegrama circular en que se dice:

«La opinión pública ha acogido muy bien la modificación no obstante el arraigo logrado por el Directorio, y confía en que su obra se consolidará por esta intervención civil en la política del país. Todos los rumores de conspiración y rebeldía no tienen otro fundamento que ciertos manejos de algunos militares postergados por la Junta de clasificación, los que se encuentran sometidos á procedimientos y nadie da importancia al hecho.»

A los generales que constituían el disuelto Directorio se les ha hecho gentiles hombres.

Nuestro amigo señor Torrubiano nos ha facilitado unos originales suyos inéditos, para que los publiquemos en EL MOTÍN. El que hoy comenzamos á publicar es una de las conferencias que dió en el Ateneo de Madrid el año 1921, y lo mantiene nuestro amigo á pesar de ridículas excomuniones.

Las Comunidades Religiosas

Yo soy un enamorado de la vida claustral. La vida claustral tiene por objeto inmediato la santificación del individuo, el cual, santificado ya, sea luego agente eficaz de santificación de los hombres. La santidad consiste, en su pura esencia teológica, en la mayor proximidad á Dios, y la mayor proximidad á Dios se consigue por el mayor amor consiente á El. Por eso los ejercicios fundamentales de un religioso son la continuada meditación, el estudio perseverante é ininterrumpido, que es lo único que da la verdadera conciencia de los actos; y por otra parte, la práctica del desprendimiento y purificación de todo amor y afecto que puedan debilitar ó cercenar el purísimo amor de Dios. Y como de ambas funciones es auxiliar eficazísimo, casi inevitable, la vida de retiro, de recogimiento, de modestia y aislamiento social, por eso adopta el religioso la vida de claustro y toma ese aspecto exterior de austeridad personal, sin el cual no podemos concebir al hombre consagrado á una vida superior.

Aun prescindiendo del lado sobrenatural, que un teólogo cristiano debe ver siempre en la vida religiosa aprobada por la Iglesia Católica, lado que miro yo siempre en todo, al impulso de mi propio espíritu esencialmente místico y católicamente místico; (1) mirando sólo la vida profesional religiosa desde el punto de vista de la serena filosofía, tiene ella una misión elevada y necesaria en medio de la sociedad. Vida profesional religiosa tienen todas las religiones del mundo, medianamente organizadas é influyentes. La vida profesional religiosa tiene por objeto, en medio de la sociedad, sostener el espíritu en el cumplimiento de los deberes individuales y ciudadanos, mediante la fuerza poderosísima del ejemplo de la virtud practicada en alto grado, en grado superior al que no puede alcanzar el común de los hom-

bres ni puede ser tampoco la normalidad de la vida social. El heroísmo de la virtud tiene una fragancia seductora sin igual; tiene una fuerza de atracción indomitable; llama á sí con vehemencia; y aunque el común de los hombres no tengan fuerza para llegar allí, á las cumbres del monte santo de Dios, son, sin embargo, arrastrados deliciosamente, como por imán espiritual, hacia las faldas de ese monte donde crecen las plantas que tñifican el corazón humano para que no desfallezca, siquiera en el cumplimiento de su deber.

Mas, para que ese heroísmo de virtud produzca su efecto es menester que sea patente á los hombres, es menester que lo sientan ellos junto á sí, que lo vean resplandecer sobre las negruras de su alma, que lo sientan arrimado á su pecho en los desfallecimientos de su corazón, que no les falte su esfuerzo y su socorro en las grandes catástrofes de la vida. El pueblo necesita ver á los profesionales de la religión, no en cuanto ésta es culto presisamente, sino en cuanto es santuario de las puras doctrinas y de las más eficaces obras de bien, y tales son de manera especialísima los claustrales; el pueblo, repito, necesita ver á esos profesionales de la religión, como veía á Jesús de Galilea, en medio de ellos, perdonando amorosamente, sin hacer asco más que de los hipócritas y de los mercaderes del templo; curando enfermos, resucitando muertos, haciendo bien á todos, incluso á sus enemigos; enseñando doctrinas de paz y de amor universal, haciendo preceder sus enseñanzas del más alto ejemplo de sacrificio y desprendimiento, en su persona y en los suyos, en tanto grado, que ni siquiera, como lo tienen las raposas, tenía él donde reclinarse su cabeza; le veía el pueblo á Jesús de Galilea conversando cariñosamente con todos sin herir á nadie, justos ó pecadores, discípulos suyos ó publicanos, derechas ó izquierdas; en medio de todos estaba, amando, amando siempre; y en medio de todos, de derechas é izquierdas, enviaba á sus discípulos, no para combatir y zaherir, no para imponer su doctrina á golpe de espada ó con sanciones violentas ó tendiendo zancadillas ó haciendo villanamente imposible la vida á sus impugnadores; sino para enseñar con dulzura y persuadir con abundancia de amor y de bien y de buen ejemplo y con raudales de magníficas esperanzas y de premios inmortales. Jesús de

Galilea no hizo de la religión una burocracia dominadora para el culto de la pereza, la explotación de la buena fe, la satisfacción de la vanidad personal, el sostenimiento de las tiranías de los poderosos, la persecución á sangre y fuego de los que prefieren la muerte á la esclavitud á ella, el aniquilamiento de todas las ansias redentoras del espíritu; esto ha quedado para nuestro catolicismo oficial; Jesús de Galilea hizo de la religión la luz más segura para el entendimiento y el consuelo más fortalecedor para el corazón.

Los profesionales de la religión que en medio de la sociedad no son imitadores de ese divino modelo, no son ejemplo confortador de apostolado de verdad y de bien y de acción y de beneficencia en grado superior á la norma común social, no cumplen su misión y defraudan á la sociedad, que se escandaliza gravemente de la falta en lo más sagrado y en lo más vital de ella; y si á ese gran pecado de omisión se juntan otros graves pecados de comisión; si los profesionales de la religión viven en medio de nosotros de espaldas al Código fundamental de la doctrina cristiana, que es el Evangelio; si quebrantan manifestamente lo que profesaron; si se apoderan de los resortes del espíritu público labrado por la esclavitud y la impotencia nacional, al amparo de su colosal infijio en la conciencia de los ignorantes y de los amentales... esos profesionales, entonces, deben ser rápidamente reformados ó rápidamente eliminados.

J. TORRUBIANO RIPOLL

(Continuará.)

RECUERDOS

Entre los agradables que conservo del tiempo que en la cárcel pasé, figura el de los breves coloquios que mantuve al vuelo con dos hermanas de la caridad: Teresa Arias, asturiana, y Nieves Sánchez, alicantina, encargada aquélla del departamento de niños, y dedicada ésta, amén de otras faenas, á presenciar la distribución de los ranchos en la galería donde yo estaba.

Sor Teresa acaparaba la simpatía de presos y empleados, que la saludaban con afectuoso respeto, por la sencillez de su trato y el interés constante que por los pequeños delincuentes se tomaba, lo inagotable de su bondad para perdonar sus travесuras, y la equidad con que procedía en el reparto de los extraordinarios que les proporcionaba: era el hada benéfica de aquellos chicos harapientos, de rostro alegre y picaresco y de espíritu inquieto y ya un tanto borroso. Caritativa por impulso del corazón tanto como por imposiciones del deber, carecía de la aspereza y sequedad que suelen distinguir á las Hermanas de la Caridad

y que lastiman al mismo que favorecen.

Sor Nieves inspiraba compasión á todos: enferma de clorosis, de anemia ó de tisis, se la veía cruzar las galerías fatigosamente, siempre con los ojos bajos y el paso lento. En las veces que le hablé, advertí en ella un misticismo tan exagerado y un deseo de morir tan grande, que recordé aquellos hermosos versos de Santa Teresa:

«Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.»

Un día, al subir yo de la comunicación, estaba sor Nieves junto á la meseta de la escalera por donde tenía que pasar. La saludé, y ella, bajando los ojos más que de costumbre se acercó á mí, y en voz baja y balbuceando me dijo:

—¡Si usted... quisiera... hacerme un favor! ¡Pero, no! ¡No va usted á querer!

—¿Y por qué nó? Si está en mi mano...

—No, no me atrevo... ¡Como usted no cree en nada!...

Comencé á comprender y me sonreí, diciéndole:

—Pero hable usted. Dígame lo que desea y ya veremos.

—¿No se incomodará usted, verdad?... Usted es bueno, y es una lástima que no se salve... ¡Me promete usted que no la tirará?... Es de nuestra fundadora... ¡Y muy milagrosa!...

Y rápidamente, sacando la mano del bolsillo, sin mirarme y temblando, me entregó una medalla, que yo tomé y metí delicadamente en el bolsillo izquierdo del chaleco.

—¡Cómo! —exclamó estupefacta y llenándose de lágrimas los ojos—. ¡No la tira usted?... ¿Y la guarda?... Gracias, don José. Ya sabía yo que usted no era malo... Bésela mucho... Y se salvará... Yo rezaré todas las noches por usted.

Dió tres ó cuatro pasos, volvióse, y murmuró casi á mi oído:

—¿Se la coserá usted ahí, donde la ha guardado, por dentro, al lado del corazón?...

—La engancharía á usted si le dijera que sí. Lo único que le ofrezco es conservarla en recuerdo de una buena intención.

Me incliné respetuosamente ante aquella alma sencilla, y continué la ascensión hasta mi celda.

Y desde entonces, cada vez que encontraba á sor Nieves, más pálida y con los ojos más hundidos, la enteraba de que el milagro no se había verificado aún. Ella me contestaba invariablemente:

—¡Ya vendrá! ¡Rezo por usted todas las noches!... ¡Sí! usted se salvará!...

Han pasado los años, y alguien me ha dicho que sor Teresa abandonó ha-

ce tiempo la Congregación, sin renunciar por esto á distribuir entre los desgraciados los tesoros de la bondad que en su noble corazón guardaba, pues hoy se halla al frente de un Asilo laico en Buenos Aires. En cuanto á sor Nieves, me ha escrito una carta fechada en Mataró, en la que después de narrarme sus peripecias hasta verse obligada á dejar la Congregación, me dice «que ha cambiado de modo de pensar, y tan radicalmente, que se ha casado con un republicano librepensador, y que todas las semanas lee *El Motín*», terminando de este modo:

«¡Con qué gusto recuerdo ahora aquellos ratos que hablaba con usted de cosas de religión, y que tanto coraje me daba oírle! No sé si recordará usted aquella medalla que le di, y que usted decía con mucha gracia que haría lo posible por complacerme, pero que creía que iba á poder usted más que la medalla.

Y veo que pudo usted más, pues la que ha cambiado soy yo.»

¡Quién no contesta á una carta así! Tomé incontinenti la pluma y escribí lo siguiente:

Sra. D.^a Nieves Sánchez.

Mi estimada...

(No sé qué palabra estampar aquí que responda al agradecimiento que debo á usted por haber tratado de procurarme en la cárcel la bienaventuranza eterna. Pero en la duda, pongo el de amiga.)

Sa carta me ha producido varios efectos agradables.

Primero: saber que vive usted.

Segundo: que no sirve ya de carne de cañón al clericalismo.

Tercero: que está en condiciones de hacer feliz á un hombre.

Cuarto: que puede comprobar, al amamantar sus hijos, que la mujer ha nacido para ser madre, no sor.

Y quinto: que se haya acordado de mí.

Como habrá usted visto en la especie de preámbulo que antecede, no me había olvidado de la entrega de la medalla. Me admiró su candidez, tanto como aprecié su buen deseo, y por eso la acepté, aun sabiendo que no había de sacarme de las garras de Satanás. Le he dado á este Señor mi palabra de honor de que iré á visitarle cuando termine mi peregrinación por este valle de lágrimas, y yo cumplo siempre lo que ofrezco. Y le daré á usted una prueba: ofrecí á usted guardar la medalla como recuerdo de una buena intención, y en mi poder la tengo.

Cuando la encontraba á usted por las galerías y los pasillos, y me repetía que rezaba por mi salvación todas las noches, ya sabe usted lo que le contestaba: «No pierda usted el tiempo. Mi alma está irremisiblemente perdida (de lo cual me alegro, entre paréntesis).» Y usted se alejaba horrorizada, santiguándose, y murmurando: «¡Ja!»

«¿¿, Jesús qué hombre! ¡El Señor le perdone!»

Pero invado sin querer las fronteras del estilo cómico-irónico, cuando en esta carta sólo debo emplear el elegante, por tratarse de una señora; el sencillo, por acomodarse al que ella emplea; y el regocijado, porque siento alegría grandísima al saber que ha roto usted los lazos que la ataban á algo muy falso, muy depresivo, muy humillante. El rezo maquinal y la caridad fría, como todas las virtudes mecánicas, no dejan en el alma huella de sensación dulce y noble.

Y para evitar la reincidencia en ese estilo, voy á terminar deseándole á usted en su nuevo estado, más santo que el anterior, toda la felicidad compatible con la posición social de su esposo, al que se servirá saludar en mi nombre.

Y si encuentra usted en su camino alguna antigua compañera en la que el fanatismo no haya secado del todo las fuentes del sentimiento, procure inducirle á seguir su ejemplo, y hará obra más buena que la que intentó hacer conmigo al darme aquella medalla de la fundadora de su Congregación.

La mujer ha nacido para santificar por el amor cuanto la rodea; para humedecer con el rocío de su ternura los cálizos de todas las flores del alma; para inundar de lágrimas dulces los rostros que beben; no para presenciar rígida, inmóvil, helada, todos los dolores y todas las desventuras: porque esto no es caridad, sino oficio, tráfico, mercancía... flor de trazo sin polen ni perfume, en la que no se posan las abejas.

Si un día voy por esas tierras (que lo dudo) tendré el gusto de ir á ofrecer á usted personalmente mis respetos, como hoy lo tengo al repetirme suyo aff no. s. s. q. s. p. b.

JOSE NAKENS

1912

Cine clerical

BIZCOCHO DE MONJA...

—¡Señá J ista! Pero mujer, que lleva usted asomando por debajo de la falda más de un palmo de enagua.

—Gracias, h. j. Eche me usted una mano á esta cesta, que me la recogeré un poco.

—Va usted cargada como una mula.

—No sabe usted lo que es el ser demandadera de unas monjas, y de unas monjas como las mías, que todo el santo día me están llamando y dándome encargos para unos y otros. Le digo á usted que no gano ni para zapatos.

—¿Y qué es eso que lleva usted?

—B llos, rosquillas, guluserías que hacen ellas, con las que engatusan á las señoras ricas y á cuatro santu-

rrones viejos. Pero ya saben lo que se hacen. Cada plato de natillas que regalan les vale una onza de oro. Apenas dan una cosa empiezan á lloriquear que no tienen aceite, que les faltan garbanzos, que no hay zapatos, que no pueden dar chocolate á las enfermas, que deben las medicinas, que... en fin, aquellas bocas no se cierran nunca, siempre con peticiones, y, es claro, los que han recibido obsequios de ellas no, pueden hacerse los sordos. Mire usted, el otro día, sin ir más lejos, llevé á la marquesa de la Trucha una fuente de natillas, y á los pocos días les mandó tres sacos de garbanzos, dos arrobas de vino y un centenar de huevos. ¿Es negocio, verdad? Pues así es en todo.

—Paes siempre trayendo y llevando golosinas, algo se le pegará á usted.

—¿A mí? Si cuentan hasta las judías.

Y no se fían ni de la camisa que llevan puesta. Cuando ven á los obsequiados, así como que no hacen nada, procuran saber si llegó todo á su poder, y dicen: «Ayer le mandamos con la justa tres docenas de suspiros de hojaldres. ¿Verdad que había treinta y seis?» Dios me libre de comerme uno: me plantarían en la calle.

—¡Qué egoísmo! Parece mentira.

—Sí, ya se sabe: biscocho de monja, pernil de tocino. Vaya, me voy, que á las doce viene el médico, y siempre tengo que ir por algo á la botica.

—¡Qué se va á hacer! Paciencia.

—¡Así reventarán todas!

FRAY GERUNDIO

LA NAVAJA

En magnífico salón cuyas paredes macizas cubren tapices flamencos, retratos y armas antiguas, así, enseñando las joyas de la vetusta armería, decía el apoderado de un título de Castilla:

«Aquella lanza, es la lanza con que atacó á la morisma, el fundador de este título, en los campos de Tarifa; y aquel caprichoso alfange de labores dama quinas, ganólo otro caballero al zegrí que lo blandía en el sitio de Granada, por Aragón y Castilla.

Con esa flecha de hueso, perdió en Otumba la vida un segundón de esta casa que fué á ganar fama en Indias; y en el cuarto de las Lanzas debiera estar esta pica que hizo proezas en Flandes pues tal honor merecía. Esos yelmos abollados, esas corazas hendidas, y aquellas hojas sin puños, y banderas hechas trizas,

pistolas, mazas, mosquetes, con su hierro simbolizan los blasones y los timbres de esta casa ilustre y rica, primera entre las primeras, dignísima entre las dignas.

—¿Y esa navaja, ex-lamé, que está en el suelo caída? Y dijo el apoderado:

—Esa es la navaja misma con que el señorito Carlos, jefe actual de la familia, en una noche de *juerga*, sacó á un torero las tripas á las tres de la mañana saliendo de la *Taurina*.

J. FERNANDEZ BREMON

Sección amena

Del propio Aragón:

—¿Dónde vas, chiquito?

—A misa, ¿y tú?

—A lo mismo.

—Pues si te parece, entraremos antes en la taberna á que nos den unos medios.

Y como lo dijeron lo hicieron.

—Tío Roque, vengan dos medios, dijo al tabernero el que convidaba.

—Vaya, pues vengan otros dos, añadió el convidado.

—¿Quieres más?, añadió el primero.

—No, hombre; te lo agradezco como si lo bebiera; pero como vamos á misa, no está decente que...

Resultado: que cuando llegaron, ya el cura había dicho la mitad de la misa y estaba encaramado en el púlpito.

«Tres medios, decía cuando entraron nuestros héroes, tres medios son precisos para alcanzar la salvación.»

—¿Oyes, maño?, dijo el primer paleto al oído del segundo. —Tres medios hacen falta.

—Pues vamos á tomar el tercero, porque si no, *ati cuenta* que vamos derechos al infierno.

Presentóse un inglés en una catedral de Francia, llevando un perro debajo del brazo. Al verle el perrero, salió presuroso á su encuentro y le dijo:

—Caballero, no se puede entrar con perros en esta iglesia.

—No tenga usted cuidado, contestó el inglés; voy á la capilla de San Roque.

El dependiente se quedó sorprendido y le dejó pasar.

Un predicador, á ruego de los feligreses de un pueblo, pidió á Dios una buena lluvia, que tanto necesitaban los campos. Estaba desnudándose en la sacristía después de la rogativa, cuando entró uno de los labradores con aire triunfante diciéndole que iba á llover á cántaros.

—¡Hombre!, exclamó el predicador;

no lo permita Dios, que me ha venido sin paraguas.

Fué al tribunal de la penitencia el hijo de un labrador y le dijo al confesor:

—Padre, yo soy medio tonto, y por eso me echará usted poca penitencia.

—Bien, hijo, bien. Y dime, ¿qué es lo que más atormenta tu conciencia?

—Padre, una vez me quedé a dormir en la era de casa, y como soy medio tonto y sin malicia, pasé la noche entretenido en traer á la nuestra sacos de trigo de la era vecina.

—Dí, hijo, y si eso lo hacías sin malicia y por ser medio tonto, ¿por qué no llevabas el trigo de tu era á la del vecino?

—¡Toma! Porque eso hubiera sido ya ser tonto del todo.

Durante una epidemia recomendó un periódico que no se saliese de casa en ayunas.

Con este motivo un clérigo rural encargó á sus feligreses que tomaran algo antes de salir.

Al otro día echó el párroco de menos al sacristán, que le servía también de criado, y además veinticinco duros.

Buscan al sacristán, le pillan, le cojen el dinero encima, le acusan de ladrón, y él replica:

—Eso no: el señor cura nos mandó que tomásemos algo antes de salir, y yo no hice más que obedecerle.

REMITIDO

Mi muy querido y venerabilísimo don José: Al leer *El Motín* de hoy veo el artículo que mi amigo Alejandro Núñez le ha enviado á usted. Ello me da ocasión para decirle á usted que lo dispuesto por doña Rosario está cumplido. Desde Enero de este año, en el Cementerio Civil de Santander, está colocada una magnífica lápida de mármol con el sopeto *A mi madre* que dejó escrito, y en la sepultura en que su madre reposa. La obra es preciosa. Me ayudaron con algunas pesetas—muy pocas—las logias *Numancia*, *Constante Alona*, de Alicante, y Manuel Alvarez de la Guardia y Santos Ajero y Merino, de Cáceres. No he podido poner aquí un número al sitio en que ella está, porque es terreno que no lo tiene; si no estaría.

Se equivocan los que creen que en Gijón no se honra á doña Rosario, y olvida nadie de ella. Adjunto acompaño la descripción que hizo *El Noroeste* del homenaje que se le rindió este mismo año en el Cementerio civil el día del aniversario de su muerte y la velada necrológica celebrada en el Ateneo, (no para que lo publique, pues comprendo que son muy largos), sino para confirmar á usted lo que antes digo, de que aquí la memoria y la venera-

ción á doña Rosario van en aumento cada día en vez de disminuir.

Siempre suyo afectísimo amigo,

CARLOS LAMO

A LOS LECTORES DE "EL MOTÍN"

Se suplica que si alguno posee un ejemplar de la cartilla titulada *La herencia de las fieras y misterios de un granero*, de doña Rosario de Acuña y quiere hacer el favor de desprenderse de él para cedérselo á don C. L., heredero de dicha señora y encargado de coleccionar las obras que ésta dejó, además de pagárselo si así lo desea, se le agradecerá mucho y contribuirá á que pueda ir también en la colección, pues dicho señor no la ha encontrado entre los papeles dejados por la gran escritora.

JUDAS Y UN JESUITA

Fray Juan de la Concepción, píco de plata por mote, en elocuente sermón execraba la traición de Judas el Iscariote.

El carmelita en verdad, tuvo ocurrencias agudas atacando sin piedad en la persona de Judas á su vil posteridad.

Cabe el púlpito, de pie, y sin decir tus ni mus, estaba el Padre Clavé, hijo dignísimo de la *Sociedad de Jesús*.

Al término del sermón, dijo un oyente al jesuita bajo su viva impresión:

—¿Padre, sin duda, medita, de Judas en la traición?

El Padre, al que nada exalta, replica en tono sincero que ingenua actitud esmalta: —¡No, señor; pienso en la falta que á Judas hizo el dinero!

SUSCRIPTORES A 25 PESETAS MENSUALES

Gijón.—Centro Instructivo Republicano, recibidas 25 pesetas; por el mes de Diciembre de 1925.

Amigos que han enviado cantidades para ayudar á EL MOTÍN

El Mercantil, Valencia, 25 pesetas; Aniceto Cadenas, San Cristóbal, 7; José M. Sanjurjo, Ferrol, 12; Carlos Orio, Palencia, 13; Logia Lealtad, Jaén, 6; Angel Anglada, Vilanova, 1.

Centro I. Republicano, Gijón, so brante de los donativos recaudados para la suscripción mensual del pasado mes de Noviembre, 31'95 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Tapia.—Daniel Vargas, abonada su suscripción á fin Mayo 1926.

Soneja.—Ubaldo Zorita, id. á fin Diciembre 1926.

San Cristóbal.—Aniceto Cadenas, id. á fin Diciembre 1926.

Uldecona.—Bautista Roure, id. á fin Enero 1927.

Ferrol.—José M. Sanjurjo, id. á fin Diciembre 1926.

Ribadavia.—Raimundo Gómez, id. á fin Diciembre 1926.

Barcelona.—Arturo Alvarez, id. á fin Diciembre 1926.

Zaragoza.—Alvaro Castán, id. á fin Diciembre 1926.

Játiva.—Enrique Bodi, id. á fin Diciembre 1925.

Palencia.—Carlos Orio, id. á fin Diciembre 1926.

Valverde.—Ignacio Cornejo, id. á fin Marzo 1926.

Barco de Valdeorras.—Virgilio González, id. á fin Diciembre 1926.

Málaga.—Antonio Argamasilla, id. á fin Diciembre 1926.

Las Palmas.—Vicente Padrón, recibido su giro de 27'10 pesetas; conforme.

Algeciras.—José Trelles, id. de 32; conforme.

Barcelona.—X. X., id. de 300; ¿para qué?

Port Bou.—José Mont, id. de 10 á cuenta.

Santa Coloma.—Jorge de Gracia, id. de 50 á su cuenta.

Caudiel.—Francisco Romero, id. de 10; conforme.

Cedeira.—Vicente Arrivi, id. de 15; conforme.

San Vicente.—Vicente Marco, id. de 14'20; conforme.

Málaga.—Miguel Torres, id. de 25'25; conforme.

Ecija.—Francisco Diaz, id. de 7; conforme.

Tortosa.—Francisco Geball, id. de 43 á cuenta.

Utrera.—Enriqueta González, id. de 4'35; conforme.

Alcázar.—Valeriano Escribano, ídem de 5; conforme.

ULTIMA HORA

Quando ya tenía ajustado éste número, leo en los periódicos de hoy, Jueves, la noticia de la muerte del jefe del socialismo español, Pablo Iglesias.

Sin tiempo ni espacio que dedicar á la memoria de ese hombre que tanto ha influido en la suerte de los obreros, me limito á decir aquí que tiene derecho á que se le apliquen estos versos de Zorrilla:

Es noble quien nace esclavo
y baja al sepulcro rey
trocando activo en diadema
los hierros que atan sus pies.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdeilla, 2.